

dad de sumo pontífice. Habiendo estallado la guerra entre Demetrio y Alejandro Bala por la sucesión al trono de Siria, uno y otro solicitaron la alianza de Jonatas, que favoreció á Bala, y en cambio obtuvo de él donativos y el título de sumo pontífice. Jonatas, sin embargo, quiso que se le confiriese la nación, y en efecto, llegó á ser el jefe, no ya de una sola parte, sino de toda ella, si bien continuó pagando el tributo á los reyes de Siria. Á la muerte de Bala, Demetrio II confirmó en su dignidad al sumo pontífice, el cual se puso en movimiento para socorrerlo cuando se le rebeló Antioquía, y volvió cargado de botín. Después, habiéndose faltado el rey á sus promesas, abandonó Jonatas su causa por la de Antíoco, hijo de Bala; venció á Demetrio, y habiendo hecho alianza con los Romanos, se proponía fortificar la ciudad, cuando Trifon, gobernador de Antioquía, le dió muerte á traición.

143. Subió entonces al pontificado Simon, reconocido por los Romanos y por Demetrio II, que lo nombró etnarca, y eximió al país del tributo. Habiendo caído Demetrio prisionero en poder de los Partos, Antíoco Sidetes que le sucedió, se conservó fiel á Simon, hasta que hubo subyugado al rebelde Trifon; pero en seguida envió á Condebeo á que lo atacase, el cual sin embargo volvió derrotado.

Juan Hircano no. 136. Simon fué asesinado por su yerno Tolomeo, ambicioso de dominación; pero Juan Hircano, hijo del muerto, pudo sucederle, y volvió el país á ser tributario por fuerza de Antíoco Sidetes, hasta que fué vencido este por los Partos. Entonces la Judea recobró su independencia, la conservó, merced á las guerras intestinas de la decadente Siria y á la alianza renovada con los Romanos, y hasta aumentó su territorio con las victorias que alcanzó sobre la Idumea y Samaria.

129. Esta última ciudad, habitada por colonias macedónicas, continuó desmantelada hasta que Heródes la reedificó con el nombre de Sebaste. Hircano vivió respetado exteriormente, pero no tranquilo en lo interior, donde causaban grandes disensiones las luchas de Fariseos y Saduceos, que se envenenaron aun mas en tiempo de sus sucesores.

107. Aristóbulo, que sucedió en la dignidad á su padre, dividió primero la autoridad con su hermano Antígono; después lo mató, hizo aprisionar á sus demas hermanos, dejó morir de hambre á su madre, y tomó el título y las insignias de rey. Su hermano Antígono, enviado por él á someter la Iturea, logró su objeto; y volviendo victorioso el día de la fiesta de los Tabernáculos, en su afán de llegar pronto al templo, se olvidó de dejar las armas y despedir á su séquito. El rey, que ya lo miraba con sospecha, aparentó creer que era aquel un acto de rebelión, y lo mandó matar. Aristóbulo murió al fin acosado por los remordimientos de su conciencia.

Janeo 106. Alejandra, llamada Salomé por los Griegos,

viuda de este monarca é instigadora de sus delitos, hizo proclamar por sucesor á su otro hermano Janeo ó Alejandro, el cual dió la muerte á un hermano, obligó al otro á retirarse á la condición privada, defendió su reino contra Tolomeo Latio, y ayudado por la reina Cleopatra, extendió sus dominios. Pero tenía en lo interior á los Fariseos por enemigos, los cuales empleaban toda clase de medios para hacerlo odioso al pueblo; y en la fiesta de los Tabernáculos, adonde acudían con palmas y ramas de limonero, mientras aquel ofrecía los sacrificios le arrojaron de todas partes ramas de cedro, acompañando el insulto con palabras injuriosas. Janeo dirigió contra ellos sus armas, mató seis mil, y después se rodeó de una guardia extranjera asalariada; pero ni esta ni nuevas victorias reprimieron la audacia de sus adversarios, que le hicieron por mucho tiempo guerra abierta. En ella perecieron en el espacio de seis años cincuenta mil revoltosos, y el reino se vió en el mayor desorden. Janeo intentaba entrar en negociaciones; pero todos sus esfuerzos eran vanos, pues si preguntaba á los rebeldes lo que deseaban, respondían que se desquartizase. Al fin recurrieron á Demetrio Euquero, que invadió la Judea y desbarató á Janeo; pero este se repuso muy pronto, y ejerció cruelmente su venganza.

89. El terror produjo la paz, y Janeo pudo hacer nuevas conquistas, en medio de las cuales y de sus torpezas murió. Había aconsejado á su esposa Alejandra que ocultase su muerte hasta después de haber entrado en Jerusalem; que entonces se atrajese la amistad de los Fariseos, porque no la perjudicasen como á él, y protestase querer en todo guiarse por sus consejos. Así lo hizo aquella, y por tanto los Fariseos, no solo cesaron de ultrajar la memoria del difunto, sino que lo aclamaron por héroe y padre del pueblo, y la nombraron regente, en perjuicio de sus dos hijos, el imbecil Hircano y el sanguinario Aristóbulo.

Sin embargo, pusieron á todos estos favores un precio demasiado caro, pretendiendo que anulase todos los decretos que les eran contrarios, que proclamase plena amnistía, y que llamase á los desterrados. Después envilecieron la ley mosaica, sujetándola á sus caprichosas interpretaciones; y habiéndose aumentado su número, hasta el punto de ser su partido omnipotente, solicitaron de la reina que exterminase á los Saduceos. Decretóse, pues, contra ellos una atroz persecución que duró muchos años, á pesar de que Alejandra procuraba mitigarla.

80. Apenas cerró esta los ojos, gozosos los súbditos de verse libres de la tiranía de los Fariseos, favorecieron á Aristóbulo, en quien Hircano se vió obligado á resignar la dignidad de pontífice y rey. Pero Antipatro, gobernador de la Idumea, temiendo que lo castigase Aristóbulo por haber favorecido siempre á Hircano, inspiró á este el temor de caer en algun lazo de su hermano, y á pesar de su mucha indolencia logró

CAPITULO XV

Sumision de la Grecia. — Envilecimiento de la Siria.

Roma, que hasta esta época habia tenido á Grecia bajo una dependencia de hecho mas que de nombre, aspiraba en adelante á reducirla á provincia. Ardientes admiradores de la armónica grandeza de aquel país, compadecíamos su agonía al leer la relacion de las humillaciones y de los ultrajes, al través de los cuales llegó al término de su existencia.

Desde que Arato arrebató á los Macedonios el Peloponeso, la Liga aquea se vió perdida, y si algun vigor le volvió Filopémenes, después de él se hizo odiosa y despreciable, alternando en ella la servil complacencia hácia el Senado romano con una ridícula desesperación, como si hubiera querido privarse por su propia mano de la compasión que la generosidad concede á todo lo que está destinado á perecer. Las victorias de los Romanos habian inspirado una excesiva osadía á sus partidarios, gente avara é impertinente, pero sostenida siempre por los vencedores, que ponian en juego toda clase de medios para deprimir, desacreditar y contrariar á todo el que les oponia resistencia, á todos los que sintiéndose con ánimo esforzado amaban á su patria y protegían sus derechos. Roma, amiga de los débiles para ponerse en oposicion con los poderosos, manifestó gran celo en favor de la desmantelada Esparta, y tenia gente asalariada para acusar al que osaba contradecir á sus comisarios. Sobresalía entre estos por su poder y su vileza Calícrates, que ansioso de los primeros grados, pintaba con sombríos colores á quien le superaba en mérito; siendo el tema perpétuo de sus acusaciones el haber favorecido á Perseo, cuya memoria perseguían los Romanos, después de haber maltratado su persona.

Dos comisarios fueron expedidos á la Liga aquea para formar proceso á los partidarios del rey de Macedonia, y uno de aquellos llegó á proponer á la asamblea, que se condenase primero á muerte á estos, reservándose para después el decir sus nombres. Pareció una locura esta demanda, y los Aqueos se limitaron á prometer que los condenarian, si no probaban lo que alegasen en su justificación.

Pues que lo prometéis, replicó el comisario, digo que todos vuestros capitanes, generales y cuantos han ejercido cargos en vuestra república, están manchados con tal delito.

Al oír tales expresiones se levantó Jenon y dijo: Yo mandaba el ejército y fui jefe de la Liga, y protesto no haber cometido ningun acto contra los intereses de Roma. Si alguno se atreve á acusarme de eso que llaman delito, puedo justificarme ó en la dieta de los Aqueos ó ante el Senado romano.

Cogió esta palabra el comisario; dijo que no podían apelar á mas equitativo tribunal; y nombrando en seguida á cuantos habia denunciado Calícrates, les intimó que fuesen á Roma á de-

persuadirlo á que reclamase el trono con el auxilio de Arétas, rey de Arabia. Este, entrando en Judea, venció á Aristóbulo, y lo sitió en el templo de Jerusalem, mientras era proclamado fuera Hircano, con cuyo nombre encubría sus designios el partido de los Fariseos.

Solemnizándose á la sazón la Pascua, los sitiados suplicaron á los sitiadores que les diesen víctimas, ofreciendo mil draemas por cada animal; pero los sitiadores luego que sus enemigos les echaron el precio desde las murallas, les negaron las víctimas, por lo cual los sacerdotes se presentaron ante el altar con las manos vacías, implorando venganza de Adonai. Vivía entonces el santo varon Onías, que horrorizado de las guerras civiles se habia retirado al desierto. Corrieron en su busca los Fariseos para hacerle pronunciar imprecaciones contra Aristóbulo, y no pudiendo evadirse, rogó á Dios que no oyese al pueblo asediador ni á los sacrificadores sitiados. Los Hebreos irritados lo apedrearon, y el Cielo mostró su cólera con la tempestad, y sobre todo con enviarles el azote mas duro de su mano indignada, los Romanos.

Así corria también al precipicio el pueblo de Dios; pero es singular su posición comparada con la de los demas. Ante el espectáculo de las continuas vicisitudes de entonces, al presenciar la caída de tantos reinos, y el exterminio de tantas ciudades, los gentiles se confirmaban cada vez mas en aquella idea de una decadencia progresiva que les habia quedado de la primitiva tradición; creían que todas las cosas humanas estaban destinadas á envejecer y perecer; y hasta los que idolatraban á Roma y la eternidad del inmenso capitolio, á cuya solidez parecia agregar una piedra mas cada nuevo rey que subia encadenado por la vía Sacra, veían no obstante que cada generación era peor que la antecedente, y que el mundo se encaminaba á su ruina inevitable y fatal.

Solo Israel, en medio de tan graves desastres exteriores é interiores, mantenía viva todavía la otra parte de la tradición; y juntamente con el dogma de la caída, veneraba el de la regeneración, adhiriéndose á él tanto mas cuanto mayor era la humillación á que se veía reducido, y siendo entre todas las antiguas naciones el único pueblo que conocía aquella doctrina del progreso, que es el carácter y el orgullo de la civilización moderna. Solamente que los Judíos, obcecados por un falso patriotismo, no veían en el prometido sino la gloria nacional, un restaurador de la raza de Abraham, según la carne, no conforme á la fe; un Mesías judío, triunfante sobre sus enemigos, no el Hijo del hombre que debía proclamar la fraternidad universal y una ley de amor independiente de los tiempos, de los lugares y de las condiciones.

fenderse. Eran mas de mil, la flor del país; y así, de un solo golpe, y golpe mayor que todos los que se habían atrevido á dar los mas ambiciosos tiranos, quedó privada la Liga de jefes. Cuando llegaron á Italia fueron relegados á varias ciudades, sin ser siquiera oídos ni atendidas sus reclamaciones, ni escuchadas las repetidas diputaciones de la Acaya. Calícrates, que se hizo jefe de la envilecida Liga, oía sin conmoverse las quejas de sus parientes que solicitaban su regreso, y los gritos de los niños que, cuando salía en público, le seguían llamándolo traidor y enemigo de la patria. Diez y siete años continuaron aquellos desterrados solicitando el juicio y oyendo los elogios de la equidad romana: finalmente, habiendo expuesto Catón que la cuestión estaba ya reducida á deliberar si habían de ser sepultados por sepultureros romanos ó griegos, obtuvo que fuesen oídos y puestos en libertad los pocos que se habían libertado del verdugo ó resistido al hambre y al tormento. Infame tiranía contra un país independiente como era la Acaya, y contra personas de mérito, cuya mayor parte había combatido en favor de Roma.

Los que regresaron no pudieron hacer mas que lamentar la abyección á que hallaron reducida su patria. No obstante, los Romanos con su perfidia y su crueldad se habían hecho muchos enemigos, que á pesar del partido adversario, osaban murmurar ó protestar contra las perfidias y las conclusiones, y parecían dispuestos á romper abiertamente, incitados tambien por el ejemplo de Macedonia.

Tercera guerra macedónica.

El reino que poco ántes había dominado al mundo en tiempo de Alejandro, no podía sufrir con paciencia su situación al hallarse á la sazón despojado hasta de la autocracia, y reducido á provincia. Los refugiados en Roma no perdonaban ruegos ni dinero para comprar amigos en el Senado, á fin de que no se hiciese violencia á sus compatriotas. Con este objeto cultivaron la amistad de Paulo Emilio mientras vivió, y despues la de su hijo Escipión Africano, que si no hubiese sido por los movimientos de España, habría ido á Macedonia á calmar las contiendas; pero el Senado, ocupado en sus intrigas políticas y en aprovecharse de los errores de los príncipes, no pensando que el descontento de los Macedonios pudiera tener consecuencias, dejaba que sus oficiales los tratasen cada dia peor, y conferia los primeros grados á quien mas obediente se mostraba á la voluntad romana.

Pseudo-Filipo. 152.

Erigióse en vengador de estos agravios un tal Andrisko, persona á quien los Romanos, únicos narradores de estos acontecimientos, nos presentan como de baja ralea, y que, como sucede despues de las revoluciones, se alababa de ser hijo de una concubina de Perseo. Doce años había vivido, segun decia, refugiado en casa de un pobre, que luego le descubrió su origen; y habiéndose fugado por temor del rey Euménes, grande enemigo de su casa, fué á parar á la de Demetrio Soter, que cometió la vileza de entre-

garlo á los Romanos por captarse su reconocimiento. No temiendo estos al Pseudo-Filipo, como lo llamaban, lo dejaron con tan poca vigilancia, que se escapó, y refugiándose en la Tracia, recorrió las córtes de aquellos reyezuelos, exponiendo sus derechos, las supercherías de los Romanos, y la facilidad de una revolucion. Á su llamamiento se sublevaron los Tracios; se rodeó de una comitiva régia; allegó un ejército; tomó algunas plazas fuertes; y en breve toda la Macedonia, creyéndolo ó no, pero espontáneamente, se entregó á aquel vástago de sus antiguos reyes, el cual para afirmarse en el trono invadió las provincias vecinas.

Roma no tenía ejércitos en aquellos puntos; podia temer que la Grecia se vengase de sus afrentas, y sabia que Cartago había enviado embajadores á Andrisko para aliarse con él en la inminente guerra. Pero la Grecia, que se había envilecido en la servidumbre, se dió prisa á hacer protestas y á dar pruebas de sumisión á su tirana: Escipión Násica, hombre afable y justo, sirvió á su patria, mejor que con las armas, recorriendo las ciudades de la Liga, haciendo justicia á sus demandas, aliviando sus gravámenes, afianzándolas en la fe, y sacando de cada una algunas tropas, con las cuales formó un ejército. Mas de una vez fueron derrotadas las armas romanas por Andrisko; pero este no asociaba al valor las demas cualidades de jefe de partido; y si se había conservado digno en el infortunio, no supo serlo en la prosperidad: porque se precipitó en la tiranía mostrándose soberbio, sospechoso, avaro y homicida. Entónces lo venció el pretor C. Cecilio Metelo. Andrisko, despues de haber combatido valerosamente, se refugió entre los Tracios, y reapareció con un nuevo ejército. Derrotado otra vez, volvió á buscar asilo en Tracia; pero entónces Biza, rey del país, lo vendió á los Romanos, que adornaron con él sus triunfos.

Otros supuestos hijos de Perseo intentaron tambien hacer valer sus derechos por medio de la fuerza; pero todos fueron vencidos. C. Metelo sometió enteramente la Macedonia, trasladó de Dío á Roma veinticinco estatuas ecuestres de los generales muertos en el Gránico, y estableció un gobierno severo bajo la autoridad absoluta de los magistrados. Entre ellos se mostró singularmente inicuo Decio Julio Silano, contra quien los Macedonios enviaron quejas á Roma. Su padre Tito Manlio Torcuato obtuvo el consentimiento para juzgarlo en su casa, conforme á la antigua ley patricia; y despues de oídas las partes, y declarado reo el hijo, le intimó por condena que no volviera jamas á presentarse á su vista. Silano se creyó con esto tan deshonrado, que se ahorcó, y Manlio ni cerró la casa, ni vistió luto, declarando que no pertenecía á su familia quien había perdido la virtud.

De esta manera se podia poner en las nubes la equidad romana, mientras continuaba la opresión de Macedonia.

En las conmociones de esta creyó encontrar la Liga aquea una ocasion oportuna para snjetar á Esparta, sublevada contra ella por las intrigas de los Romanos. Habiendo ocurrido ciertas cuestiones entre Oropo y Atenas, los habitantes de la primera recurrieron á los Aqueos, y prometieron diez talentos al Lacedemonio Menalcidas, capitán de la Liga, si la inducia á favorecerlos. Hizolo así Menalcidas de acuerdo con Calícrates; pero envió las tropas cuando ya Oropo había sido invalida y sojuzgada, lo cual no le impidió reclamar el precio de la corrupcion. Así llegó á descubrirse el asunto; y Menalcidas habría sido condenado, si Dico, su sucesor, no le hubiese absuelto, mediante la suma de tres talentos.

Por esto se malquistó Dico con la Liga, y fué acusado de favorecer á los Lacedemonios. Entónces para disculparse propuso á la dieta que se quitara á los Espartanos el derecho de fallar en sus causas criminales, derecho que habían obtenido de los Romanos. Los Espartanos dirigieron á Roma sus reclamaciones, pero Dico y Menalcidas acudieron tambien allá, compraron la absolucion, y volviendo al Peloponeso atizaron la discordia. Viendo los comisarios de Roma que era imposible apaciguar los ánimos, convocaron la asamblea general en Corinto, y expusieron con cuánto dolor veía Roma á los Griegos destrozarse alternativamente en discordias civiles; que la causa de estas era la forma de gobierno federal, porque no pudiendo ponerse de acuerdo sus diputados, se veían precisados á recurrir á las armas; y que el Senado romano en su sabiduría había calculado que la unionj sería mas feliz cuanto menor fuese el número de los confederados; en cuya virtud ordenaba que saliesen de la Liga todas las ciudades que desde el principio no habían formado parte de ella, como Corinto, Esparta, Árgos, Heraclea y Orcomene. No es posible describir la ira con que fué oída esta mortífera proposición: enfurecido el pueblo mató á cuantos Espartanos encontró en Corinto, y con dificultad se salvaron los enviados romanos.

En guerra todavía Roma con Cartago y con los pretendidos hijos de Perseo, y no pudiendo hacer que á la injuria siguiese pronto la venganza, envió nuevos mensajeros con moderadas quejas; pero Dico, Critolao y Demócrito, restos de los antiguos desterrados que habían regresado de Italia, ilustraron á los Aqueos acerca de los verdaderos motivos de aquella insólita moderacion romana. Otros legados de Metelo fueron tambien insultados; y las ciudades todas, alentadas por aquellos jefes, como si se vieran libertadas, gritaron que era mas decoroso morir combatiendo que ceder vilmente, y consiguieron que se declarase la guerra contra Roma y Esparta.

Sin embargo, no existiendo aquel acuerdo de firmes voluntades que da la victoria, solo Cálcis y Tébas socorrieron á la Liga, y fueron derrotadas por Metelo. Critolao perdió la vida en la última batalla de la libertad griega. Dico, que

obtuvo el mando, llamó á las armas á todos los ciudadanos; dispuso que se alistaran doce mil esclavos naturales del país, y que los ricos y las mujeres llevarán sus alhajas el erario público; pero el desaliento se aumentaba mas cada dia; algunos invocaban la clemencia de Metelo; otros se suicidaban, y otros se retiraban cobardemente al mismo tiempo que rechazaban las proposiciones de paz hechas por Metelo, deseoso de no dejar la gloria de la guerra á Mummio, cónsul que acudia á reemplazarlo. Contra este intentó Dico cual otro Leónidas defender el istmo con seiscientos catorce soldados; y habiendo sido vencido, distribuyó el veneno entre su familia, y murió. Mummio entónces tomó á Corinto, la mas rica de todas las ciudades, vendió á los habitantes, abrasó los edificios, y se llevó un inmenso botín.

Entre los Aqueos desterrados á Italia se hallaba el historiador Polibio, que con su talento supo captarse en Roma la amistad de los grandes, y principalmente de los Escipiones, por cuyo medio obtuvo que se aliviase algun tanto la suerte de su país. Estaba en África con Escipión cuando supo la noticia del asedio de Corinto, y acudió presuroso para dar, si pudiese, algun auxilio á su patria; pero solo fué testigo de su desolacion. ¡Cuánto debió afligirse aquel culto Griego al ver las pruebas de grosería del vencedor; las obras maestras de escultura, de pintura y de fundición que hacian insigne á dicha ciudad en manos de ignorantes soldados; sobre un cuadro de Apéles, maravilla de los artistas, ugar á los dados; ponerse á subasta lienzos de Apéles y estatuas de Fidias! Atalo, rey de Pérgamo, ofreció seiscientos mil sextercios por un cuadro, de lo cual maravillado Mummio exclamó: *Preciso es que estos lienzos posean alguna virtud mágica*, y quitándoles del marco los envió á Roma, intimando á los conductores que se guardasen bien de estropearlos, porque si los estropeaban, tendrían que rehacerlos.

Por decreto del Senado devoraron las llamas á Corinto, novecientos cincuenta y dos años despues de haber sido fundada por Alétes, descendiente de Hércules; y tal espanto causó este suceso en la Liga, que ya no pensó en resistir al vencedor ni en aplacarlo. Los coligados fueron reunidos en una gran llanura, rodeados por las regiones romanas, y despues de tenerlos algun tiempo en tan horrible expectativa, se les dijo que los Corintios y los Servios serian vendidos como esclavos, y los demas Aqueos quedarían libres. Las tierras de Corinto fueron casi todas compradas por los de Sicione; se desmantelaron las ciudades que habían servido al extranjero; se abolió el gobierno popular, y toda la Grecia quedó reducida á provincia, aun cuando varias ciudades aisladas, como Atenas, conservaron alguna sombra de libertad.

En el furor de la victoria, hubo quien acusó ante Mummio al difunto Filopémenes, como gran enemigo de los Romanos, solicitando que se derribasen sus estatuas. Polibio tomó su de-

Toma de Corinto. 146.

148.

Sumision de Macedonia. 147.

146.